



El oficio de científico. Ciencia de la ciencia y reflexividad

Autor: **Pierre Bourdieu**

Barcelona

Anagrama, 2003, 213 páginas.

Por **Claudio Alfara** 

Pierre Bourdieu (1930-2002) ha sido, sin dudas, uno de los científicos sociales más importantes del último siglo. Sus desarrollos teóricos en el ámbito de la sociología, especialmente a partir de su teoría de los campos, le permitieron construir una original obra en la que analizó una amplia variedad de ámbitos de la acción humana. Ello, sumado a sus intervenciones públicas comprometidas, lo llevó a posicionarse como uno de los referentes centrales de la intelectualidad europea. Por tal motivo, cuando el sociólogo francés afirma que “el universo de la ciencia está amenazado actualmente por un temible retroceso” no se puede menos que prestar atención a la advertencia. Tal es el planteamiento inicial de *El oficio de científico. Ciencia de la ciencia y reflexividad*, libro que es la transcripción del curso que Bourdieu dictó en el Collège de France en el período 2000-2001, y en el cual se demuestra una vez más su disposición a desarrollar una mirada crítica de la realidad y a no eludir las definiciones comprometidas, aun a costa de polemizar con otros referentes del campo intelectual.

221

El peligro que acosa a la ciencia proviene, para Bourdieu, de dos vertientes principales. Por un lado, intereses externos al campo científico, especialmente económicos y políticos, amenazan su autonomía en busca de captarlo para sus propios fines e imponerle objetivos que le son ajenos. Por otro lado, la ciencia se ve cuestionada desde los propios discursos que pretenden explicarla, “vituperios internos, cuya última manifestación son algunos delirios ‘posmodernos’, para deteriorar la confianza en la ciencia, y, muy especialmente, en la ciencia social”. El interrogante que se plantea, entonces, es si la búsqueda de verdades universales podrá sobrevivir frente a tales cuestionamientos. Y la respuesta de Bourdieu apela, como no podría ser de otra manera, a realzar el valor de la ciencia social llevada adelante con criterios rigurosos como medio para contrarrestar los efectos de estas amenazas. No obstante, el propio autor se plantea una pregunta adicional: “¿puede contribuir la ciencia social a resolver un problema que ella misma provoca (...), es decir, el que plantea la génesis histórica de supuestas verdades transhistóricas?” Su contestación será que sí: ciencias de lo humano y de lo histórico, las ciencias sociales pueden y deben dar cuenta de la razón en el mundo. Bourdieu emprende así una argumentación que lo llevará a analizar las principales corrientes de la sociología

de la ciencia, a plantear su noción de campo como instrumento para el estudio de lo científico y a sostener la necesidad de que una aplicación reflexiva de la ciencia social dé cuenta del lugar y el funcionamiento de la ciencia en la sociedad actual. El libro termina con un ejercicio de auto-reflexividad por el cual el sociólogo francés pone en juego varias de las nociones y propuestas expresadas a lo largo del texto con el fin de dar cuenta de su propia trayectoria y sus posiciones dentro del campo científico.

Las particularidades del campo científico ya habían sido tratadas por Bourdieu en dos artículos publicados a mediados de los años setenta. No obstante, *El oficio de científico* es más que una ampliación de los conceptos desarrollados en aquellos trabajos. El presente texto se abre en diferentes dimensiones y permite una lectura desde diversos registros. Conviven en él la caracterización de la actividad de la ciencia y de los científicos, a través de la noción de campo científico; el alegato en favor de la científicidad y la profesionalización de las ciencias sociales, en especial la sociología, como productoras de verdad; el repaso histórico por las principales vertientes de la sociología de la ciencia y la toma de posición del autor respecto a ellas. En otro nivel, atraviesa el libro una invocación en defensa de la racionalidad y sus valores. Por último, se hace también presente el registro testimonial del autor, que da cuenta de su trayectoria, sus luchas en el campo científico, sus posiciones y sus valoraciones más personales con respecto a otros referentes de las ciencias sociales. El texto se ve enriquecido por la inserción de pasajes, diferenciados por su tipografía reducida, en los que el sociólogo francés amplía las apreciaciones del texto principal. Aunque Bourdieu llega a calificar estos fragmentos como “divagaciones”, el término es injusto con la calidad de la mayoría de ellos, dado que brindan nuevos puntos de vista sobre el texto y le aportan un tono que ameniza la lectura, ya que suelen introducir giros personales del autor y apreciaciones en las que se hace presente desde un discurso más subjetivo, aunque sin perder por ello rigurosidad.

Bourdieu se propone presentar un panorama del campo de la sociología de la ciencia y, a tal efecto, desarrolla una “historia social” de la disciplina, por la que desfilan las referencias a Robert Merton, Thomas Kuhn, el “programa fuerte”, los estudios de laboratorio y la corriente de Bruno Latour y Steve Woolgar. El estado del arte trazado por el autor muestra un campo sometido a presiones, con fronteras que no siempre se encuentran bien delimitadas y surcado por múltiples controversias. El diagnóstico dirige la acusación, fundamentalmente, hacia aquellos autores que situados dentro del campo sociológico se niegan, no obstante, a romper con la filosofía, lo cual dificulta que la sociología de la ciencia incorpore información empírica en sus estudios y desarrolle instrumentos teóricos propios, necesarios para su constitución como campo independiente. El momento más crítico del libro se da justamente cuando Bourdieu arremete contra lo que llama “sociofilosofía” y elige como blanco la obra de Latour y Woolgar. Al concebir el descubrimiento científico como “fabricación” y poner el acento sobre la “artificialidad” de la realidad construida desde los textos científicos a través de procedimientos discursivos, estos autores apelan a modelos semiológicos para estudiar una actividad científica concebida principalmente en términos literarios. Para Bourdieu, en cambio, el hecho de que los científicos hagan uso de estrategias y procedimientos específicos para realizar y

comunicar sus actividades no implica una construcción de la realidad, sino que prueba solamente el carácter inseparablemente científico y social de sus prácticas, sin detrimento de su búsqueda de la verdad ni de la aplicación de procedimientos racionales. Bourdieu se pregunta si debe siquiera otorgar espacio a la crítica de “esa retórica (que) ha llegado a conocer un éxito social desproporcionado respecto a sus méritos”. No obstante, poseído por su “santa ira”, el autor afirma que posiciones como las de Latour y Woolgar -y como la de Michel Callon, que también es criticado al pasar- amenazan a la ciencia porque construyen de ella una imagen cínica. Estas miradas pretendidamente radicales son posibilitadas, según Bourdieu, por la situación particular de la sociología de la ciencia, ubicada a medio camino entre la sociología y la filosofía y practicada por diversos autores que no están dispuestos a realizar la costosa ruptura con la filosofía, ni a llevar adelante la “adquisición, difícil, de instrumentos técnicos y numerosas inversiones ingratas en unas actividades consideradas inferiores, por no decir indignas”. Todo ello suscita el apoyo de Bourdieu a quienes, en cambio, buscan “desembarazar a la ciencia de los efectos funestos de la hybris filosófica”.

En el repaso histórico por la sociología de la ciencia también sobresalen las apreciaciones sobre la sociología de Merton. Más allá de marcar sus disidencias con el estructural-funcionalismo mertoniano, Bourdieu reconoce el aporte que esta corriente significó para la constitución de las ciencias sociales como campo profesional. En la línea de los reconocimientos se da también uno de los momentos más interesantes de este apartado, cuando el sociólogo francés comenta las posiciones que en sus primeros escritos sobre sociología de la ciencia sostenía respecto a Merton. Llega entonces a confesar que fue “bastante injusto” con el sociólogo norteamericano y que se equivocó respecto a él, atribuyendo una parte de esos errores a las condiciones propias del campo de la sociología (Merton era un veterano ya consagrado, expuesto por lo tanto a los ataques de investigadores más jóvenes, como aquel Bourdieu) y otra parte a su propia ignorancia acerca de la trayectoria personal de Merton.

223

La propuesta de Bourdieu para el estudio de la ciencia se desarrolla a partir de su noción de “campo científico”. En la segunda parte del libro, el autor vuelve sobre los temas trabajados en sus artículos de los años setenta y busca determinar qué forma particular toman en el campo de la ciencia las características generales presentes en otros campos. Reaparecen aquí las nociones de estructura y de lucha, como elementos que permiten dar cuenta de las condiciones estáticas del campo y de las fuerzas dinámicas que lo tensionan. Estática y dinámica son momentos inescindibles: conocer la estructura del campo es conocer las posiciones, las tomas de posiciones y la distribución del poder, pero es también entender el posible devenir de la estructura, ya que las propiedades son a la vez objetos deseados que ponen en marcha estrategias de reformulación y apropiación. Tales estrategias poseen siempre un carácter a la vez científico y social: la acumulación de capital científico en la forma de conocimiento y reconocimiento, necesario para lograr una mejor posición en la estructura del campo, debe procurarse a partir del trabajo científico de calidad. Este es uno de los rasgos diferenciales del campo, ya que aquí son los propios competidores científicos quienes otorgan el reconocimiento: por ser ellos mismos

quienes buscan a su vez ser reconocidos, acumulan los conocimientos y el capital necesarios para criticar a sus colegas. Asimismo, esto rompe con la idea de una comunidad científica unida por la búsqueda desinteresada de la verdad; lo que aparece, en cambio, es un campo unido tanto por sus valores como por sus luchas, en el cual científicos, instituciones y disciplinas se disputan el monopolio de la representación legítima de lo real y procuran acrecentar su capital científico. La predisposición a la ruptura o a la estabilidad dependerá de la posición que cada actor ocupa en el campo: los dominadores pretenderán imponer sus normas al resto del campo, mientras que los dominados buscarán redefinir las condiciones. Esta lucha es la que motoriza el cambio científico, con la particularidad de que en este campo aun los movimientos de ruptura deben conservar las adquisiciones obtenidas a lo largo de la historia.

Las líneas abiertas al comienzo del libro confluyen hacia su última parte. Si Bourdieu planteaba que la ciencia está en peligro y afirmaba que las ciencias sociales pueden ayudarla, es necesario entonces indagar cuáles son los obstáculos que enfrentan a su vez las ciencias sociales. En primer lugar, el autor señala las dificultades que tienen para que su autonomía sea reconocida: "las ciencias sociales, y, sobre todo, la sociología, tienen un objeto demasiado importante (...) para que les sea otorgado el monopolio de la producción de la verdad". En segundo lugar, dentro del campo hay científicos dominados y menos autónomos que se inclinan por aceptar las presiones externas y por "dominar en la lógica del plebiscito, o del aplaudiómetro, o del 'índice de audiencia'", en busca de compensar su posición desventajosa. Finalmente, lo "real" a lo que refieren las ciencias sociales es independiente del conocimiento que se tiene de él, pero es al mismo tiempo una construcción social y un objeto de luchas, en las que la sociología también participa. Bourdieu sostiene que, no obstante, hay una manera de superar estos obstáculos: la reflexividad, que realiza el proyecto científico en ciencias sociales al permitir dar cuenta de los límites y la posición del científico social en la sociedad, en el campo y en el ámbito académico general. Esta disposición hacia la reflexividad busca, en palabras del autor, "objetivar al sujeto de la objetivación".

El final de la obra será el intento de Bourdieu por realizar ese ejercicio de reflexividad sobre sí mismo, a través del análisis de diversos momentos de su trayectoria dentro del campo científico. La afirmación subyacente es que "la relación con el pasado que permanece presente y actúa en forma de habitus debe ser socioanalizada", propuesta que Bourdieu sintetiza citando a Durkheim (una presencia recurrente a lo largo del libro): "el inconsciente es la historia". En el repaso de su dilatada carrera, Bourdieu narra sus orígenes familiares en provincia, sus comienzos como licenciado en filosofía, su entrada en el campo científico y su paso a la sociología, por aquellos tiempos (década de los sesenta) una disciplina-refugio vista por los filósofos como inferior. A partir de allí se asiste a la lucha del autor por romper con la sociología dominante de origen estadounidense, encabezada por Paul Lazarsfeld, y con la filosofía, desde cuyo seno autores como Foucault y Althusser jugaban un doble juego que irritaba a Bourdieu, ya que "mientras se apoderaban del objeto de las ciencias sociales, no paraban de minar su fundamento". Esta doble ruptura, respecto a la sociología estadounidense y a la filosofía, se corresponde con

todo un proyecto bourdiano: el de “crear una tercera vía realista” que, por un lado, incorporara las herramientas desarrolladas por la sociología dominante mientras retomaba las corrientes de la sociología europea clásica, y, por otro lado, permitiera superar la disyuntiva entre la importación acrítica de teorías y la adhesión ciega al marxismo. Como lo ha señalado Alex Callinicos, en el fondo de este proyecto se encuentra el compromiso de Bourdieu por maximizar las posibilidades de la ciencia social, no sólo como instrumento de producción de verdad sino también como medio para la defensa de la civilización amenazada por el dominio del capitalismo neoliberal.

En un pasaje del libro se afirma que “los agentes sociales, sobre todo cuando ocupan posiciones dominantes, no sólo son ignorantes, sino que tampoco quieren saber”. Contra tal pretensión oscurantista, *El oficio de científico* es un llamamiento a la defensa de la ciencia y a la valorización de la razón como medio para acceder al conocimiento de lo real. Y es, al mismo tiempo, el testimonio de un gran científico social del siglo XX. Si, como se afirma en el texto, “un sabio es un campo científico hecho hombre”, la extensa trayectoria de Pierre Bourdieu es una muestra cabal de la posibilidad de estar inserto plenamente en la historia sin renunciar por ello a la racionalidad.